

A los cien años de la primera guía de Cuenca



Guía Larrañaga.

José Luis Muñoz

Desde Llopis y Giménez de Aguilar hasta Federico Muelas, pasando por Larrañaga y González-Ruano, los pueblos de la comarca de Beteta permanecen en su suave aislamiento literario.

Hay una característica bien conocida de la Serranía de Cuenca: un aislamiento que se remonta a los orígenes del mundo, mantenido incólume a lo largo de los siglos y agravado cuando los seres humanos descubrieron el placer de viajar por gusto, o sea, para hacer turismo. Es curioso señalar que esa dificultad, la de comunicarse unos con otros mediante procedimientos viajeros era menos acentuada cuando se utilizaban sistemas que hoy consideramos rudimentarios, como caballerías o carruajes, por no decir nada del más fácil de todos, el de caminar sobre los propios pies. En todos estos casos, los caminos usuales eran suficientes para facilitar las necesidades viajeras, por lo común relacionadas con actividades laborales, comerciales o, como mucho, familiares, pero no, desde luego, por el placer de conocer otros mundos, algo reservado solo a personajes muy excepcionales que, por eso mismo, ocupan un lugar destacado en la historia de los viajes.



Peña del Sombrero. Masegosa.

La situación cambió radicalmente cuando, a partir del siglo XIX se desarrollaron casi a la vez, unos sistemas de comunicación que rompían el esquema de los caminos de tierra para trazar en su lugar carreteras de asfalto, al tiempo que surgían vehículos de transporte (el tren, el automóvil, el autobús) adaptados a esos nuevos trazados y, por el contrario, con enormes dificultades para poder circular por las antiguas vías carreteriles trazadas por los romanos y mantenidas en vigor prácticamente hasta ese tiempo. El resultado fue el aislamiento de territorios enteros que, como ocurrió con gran parte de la Serranía de Cuenca, se quedó inicialmente fuera tanto de las nuevas redes de comunicación como de los igualmente nuevos medios

de transporte de personas y viajeros. El resultado práctico, por lo que interesa al contenido de este trabajo, es que ese amplísimo espacio natural encontró serias dificultades para incorporarse al potente sector del turismo o, dicho de otro modo, quedó aislado en su mayor parte. Unas zonas tuvieron alguna suerte, como la que tiene por centro a Tragacete, pero otras quedaron al margen del progreso, formándose así una bolsa interior que permaneció como intocable, a la que raramente se acercaba ningún viajero y que, por lo mismo, tampoco aparece citada de manera especial en los libros que por entonces empezaron a publicarse con la intención de recoger las características, paisajísticas y monumentales, de los lugares susceptibles de ser visitados por los incipientes turistas. Lo que se traduce, finalmente, en un amplio desconocimiento sobre tales zonas. El caso de la Sierra de Beteta es paradigmático.

Se cumple este año el centenario de la aparición de la primera *Guía de Cuenca*, publicada en 1923 con dos espléndidos textos, uno de contenido geográfico-paisajístico a cargo de Rodolfo Llopis y otro histórico-monumental debido a Juan Giménez de Aguilar contando ambos con la colaboración de artículos de Pío Baroja y Odón de Buen, junto a las fotografías de Zomeño, una portada de Ricardo

A los cien años de la primera guía de Cuenca

Compans y un exlibris de Marco Pérez. Se trata de un excelente libro, que merece un encendido elogio teniendo en cuenta que era el primero de esa naturaleza editado en Cuenca (y del que se hizo una edición facsímil en 1986) pero en el que se advierte lo que he señalado en los párrafos iniciales de este trabajo: la comarca de Beteta apenas si aparece mencionada en una línea, mientras que a la Serranía de Cuenca se dedica un comentario, ciertamente valioso, pero de contenido general sobre sus características.



Antonio Ponz. Viage de España. Tomo tercero. 1789. Dedicado a Cuenca.

concreta a estos lugares, que se completa con otra mención posterior a las lagunas de El Tobar y una aún más detallada a los baños del Solán de Cabras, sin olvidar otra cita a los baños de El Rosal, con lo que bien podemos decir que en ese tramo final del siglo XIX nuestro territorio comarcal sí ha merecido un espacio apreciable en este libro, sin olvidar la ajustada alusión al «paraje de difícil acceso».

Esta es una circunstancia insalvable, que aparece repetida en casi todos los textos viajeros de la época y de lo que bien puede servir como ejemplo el testimonio del barón Charles Davillier, que en 1874 escribía: «Hay una ciudad en España que muy pocos extranjeros quieren visitar y que, sin embargo, puede ser comparada, al menos desde el punto de vista pintoresco, con algunas viejas ciudades españolas, como Ronda, Toledo o Ávila. Debemos confesar que hacer el viaje a Cuenca no es cosa fácil; esta pequeña capital de provincia no está alejada de Madrid más que unas treinta leguas, pero el trayecto exige poco menos de veinte horas. Añadamos a esto que la carretera no es de las mejores, y se comprenderá que muy pocos turistas vayan a visitar Cuenca. Sin embargo, el deseo que experimentábamos de ver un país tan poco conocido pudo más que el temor a los vaivenes, al polvo y a la fatiga. Y montamos valerosamente en la berlina de la diligencia». Donde dice la ciudad de Cuenca podemos añadir los pueblos de su Serranía y comprendemos cual podría ser el difícil objetivo que esperaba a quien quisiera internarse, por placer, entre las abruptas breñas de nuestras comarcas.

Sin embargo, un poco antes, otro viajero ilustre, Richard Ford, ofrecía en 1846 algunas posibilidades viajeras insólitas, como la de ir de Cuenca a Madrid por Buenache de la Sierra, Beamud, Tragacete, el Alto Tajo, Beteta, Cañizares, Priego y Valdeolivas para desde aquí enlazar con la que hoy conocemos como ruta de los pantanos (Alcocer, Sacedón, Auñón) enlazando así con la comunicación por el NE con la capital española. Pero, naturalmente, no tengo ninguna noticia concreta de que alguien hiciera semejante viaje.

El turismo es un fenómeno social y económico (también cultural) que se desarrolla a partir de los primeros años del siglo XX, pero que en España se orienta hacia dos destinos muy concretos, aparte la cita siempre obligada con las grandes ciudades, Madrid y Barcelona: las costas del Cantábrico, con

Este apartamiento de las comarcas serranas en volúmenes orientados a difundir las circunstancias de la provincia de Cuenca no era algo excepcional, sino lo habitual en tales libros. El que probablemente deba ser considerado como la primera Guía turística, el *Viage de España, en que se da noticia de las cosas más apreciables y dignas de saberse que hay en ella*, publicado por Antonio Ponz en 1787, nos puede servir de ejemplo para confirmar lo que aquí digo. El tomo III, dedicado a Cuenca, ofrece una amplísima descripción de la capital provincial y de algunos lugares importantes: Tarancón, Uclés, Huete, Valera, Alarcón, Villanueva de la Jara. Nada sobre las comarcas serranas, salvo una ligerísima alusión a sus ríos, entre los que no incluye el Guadiela.

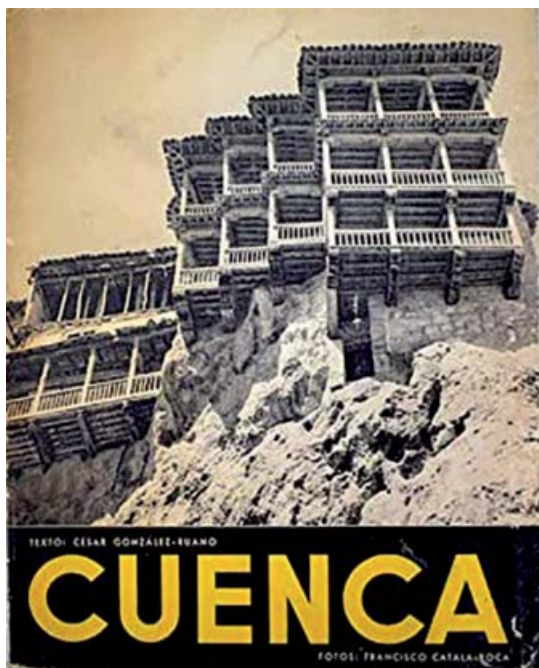
Algo mejor librado (pero no mucho) sale el territorio serrano conquense en el espléndido libro *Guadalajara y Cuenca*, dentro de la serie *España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia*, publicado por José María Quadrado (1853) y actualizada por Vicente de la Fuente (1885) donde, hablando del Guadiela, dice que nace «más arriba de Beteta, paraje de difícil acceso, al que dio cierta celebridad la fortificación allí construida durante la guerra civil de los siete años» frase que, siendo escueta, por lo menos aporta una referencia

A los cien años de la primera guía de Cuenca



Cañizares.

de viajes, sino un repertorio de datos en los que su autor vertió todos sus conocimientos, que eran muchos, sobre la geografía, los transportes, la economía y la corografía provincial, con un potente aparato para describir la catedral, dando lugar a un texto voluminoso y de gran valor informativo, pero escasamente útil para un turista.



Cuenca. 1956, Guía de César González-Ruano.

práctica trufada con exaltada literatura en la que, como corresponde al ánimo del famoso poeta conqueñense, priman las alusiones a héroes y santos con apasionados comentarios sobre las bellezas naturales y la riqueza de los monumentos arquitectónicos y con una consecuencia práctica ya habitual: en la última página del libro el párrafo final se dedica a la comarca de Beteta, la mitad a los baños de Solán de Cabras, con lo que quedan seis líneas para mencionar, solo mencionar, en forma apresurada, los pueblos de la comarca.

Con estas consideraciones previas podemos emprender una ruta viajera por la comarca de Beteta, con la intención de ofrecer al curioso lector algunas indicaciones prácticas con las que compensar el silencio (o desconocimiento, quien sabe) de quienes escribieron esas guías anteriores y no acertaron a describir lo que hay por aquí o quizá, es lo más probable, ni siquiera encontraron fuerzas o ganas para emprender este laborioso a la par que atractivo viaje. Durante siglos, hasta hace relativamente poco tiempo, el punto de entrada a estos parajes era el puerto de Monsaete, que salva la distancia existente

Santander y San Sebastián como puntos de referencia y Andalucía, que siempre ejerció un atractivo sensorial hacia los viajeros europeos, especialmente los ingleses. En medio quedaba la España interior, la de las dos Castillas y Extremadura, salpicadas de manera permanente por el desconocimiento y la marginación propiciada por sus deficientes redes de comunicaciones.

Ese tapizado telón de ignorancia se fue perforando cuando vio la luz la Guía de 1923 y seguidamente, en 1929 surgió la escrita por Julio Larrañaga y titulada por él mismo con su propio nombre, *Guía Larrañaga*, sobre la que siempre se han vertido comentarios encomiásticos sin que nadie haya querido advertir que ese voluminoso texto no es una guía

Como era la única publicación de esas características existente en la primera mitad del siglo XX, la *Guía Larrañaga* no solo mantuvo, sino que aumentó su prestigio. Hasta que, ya terminada la guerra civil, apareció en los escaparates una auténtica guía viajera, la muy excelente titulada escuetamente *Cuenca* (1956), en la que César González-Ruano ofrece sólida literatura y razonable información dibujando un itinerario razonable para ir a través de esta comarca por Priego, Cañamares, Beteta y Solán de Cabras, con regreso a la capital por Poyatos, unos parajes a los que el escritor piropea porque aquí, dice, «se dan seguramente los más finos paisajes de la España central, vistos a través de un aire purísimo y bajo un celeste incomparable».

El paso siguiente en este recorrido bibliográfico llegó de la mano del siempre creativo y fantasioso Federico Muelas, que en 1968 dio a luz *Cuenca, tierra de sorpresas y encantamientos*, que encaja perfectamente en lo que entendemos como Guías de viaje, según el concepto moderno que por entonces se iba acuñando, con una mezcla razonable de información



Vistas desde el castillo de Beteta.

taña. No obstante, los amigos de la naturaleza pueden seguir haciendo la travesía del puerto, sabiendo que desde él van a poder contemplar unos paisajes espectaculares. Por aquí se las vieron malamente los franceses, llevaron a cabo fechorías sin límite los carlistas y se desarrollaron cómodamente los maquis antifranquistas, que estas abruptas montañas dan mucho juego en estas circunstancias.

Cualquiera que sea la opción elegida, puerto o túnel, al otro lado espera el hermoso panorama de la vega de Cañizares, cubierta por huertas y mimbreras que forman como un manto precursor de la villa, que presume de haber recibido el privilegio de villazgo del mismísimo Felipe II, en una época en que todos los lugares de los contornos eran aldeas sujetas al predominio jurisdiccional de la ciudad de Cuenca. Las casas del pueblo se enroscan en torno a un montículo, formando como un anillo blanquirrojo; en el interior, las calles se encrespan abriéndose camino como pueden, en una suerte de ordenada anarquía urbanística. La plaza ha sido modernizada, con la construcción de nuevos edificios, incluido el Ayuntamiento. Cerca, la iglesia, dedicada a Santiago, tiene esa prestancia noble de lo popular anónimo. Los artífices que la hicieron no han pasado a la historia del arte, pero la obra es un prodigio de equilibrio y adaptación al medio en que se encuentra. Pero si el cuerpo de estas gentes está en el pueblo, el corazón lo tienen en la ermita de la Virgen de los Casares, una edificación sorprendente porque su voluminosa presencia y elegante fábrica arquitectónica supera con mucho los límites que habitualmente consideramos propios de una ermita.



Herrería de Santa Cristina.

entre Cañamares, a un lado, y Cañizares, al otro. Afrontar la subida era un duro ejercicio, pero gratificante. Invitaba a perder la obsesión de la velocidad y, en cambio, servía para enseñar a conducir a quienes aún no eran expertos. El puerto se hizo siguiendo el camino que durante generaciones habían seguido las caballerías y sobre él se trazó la histórica carretera C-202, una de las más famosas del país, secularmente en obras nunca acabadas, hasta que por fin la Comunidad Autónoma puso fin a esa longeva esperanza, terminando de construir la que ahora se llama CM-210 y en la que, de paso, se substituyó el puerto por un oscuro túnel sin eliminar, pero que en apenas un par de minutos salva la distancia entre los dos extremos de la montaña.

Carretera adelante, la dura y difícil Serranía conquense nos espera con dos sorpresas demográficas de dispar fortuna. La primera se encuentra por caminos innominados, de esos que no vienen en los mapas y que es preciso buscar entre las breñas. Santa Cristina era, en los antiguos repertorios corográficos, un caserío cuya vida estaba ligada a fantásticas riquezas mineras de las que se citaban a finales del siglo XIX, hasta que la realidad impuso su ley y los tesoros de la tierra, si es que los hay, permanecen escondidos; las gentes decidieron irse a otra parte, transformando el lugar en un simple despoblado, inmerso, eso sí, en un paisaje espectacular, con una central eléctrica a sus pies y la sombra intangible de un tal Luis de Molina,

verno de Cervantes, que alimenta la utópica ilusión de que el genio inmortal hubiera podido venir hasta aquí algún día.

Mucho más significativo es el caso de Puente de Vadillos, al que no es preciso buscar con especial empeño, puesto que la carretera lo atraviesa por su mitad. Es un paisaje disforme y contradictorio el que podemos percibir desde los riscos que dominan el valle. La grandeza de la formación rocosa, suavizada con el entrecruzamiento de los ríos que aquí confluyen contrasta abiertamente con la inesperada visión de un complejo industrial insólito en la Serranía de Cuenca. Existió antiguamente un caserío llamado

A los cien años de la primera guía de Cuenca

Vadillos, aunque ya Madoz lo cita como despoblado. En sus inmediaciones se levantó un puente, para salvar el cauce del Guadiela, importantísimo obstáculo que estorbaba el acceso a las profundidades de la Sierra de Beteta. Fue en torno a este cruce vital, en un punto geográfico de evidente interés, donde se situó la fábrica de carborundum (carburo de silíceo), de la empresa Navarro S.A., que dio trabajo a cientos de hombres de la comarca, convirtiendo así este emporio industrial en el índice demográfico más dinámico de este territorio. Las cosas ahora ya no son tan boyantes y la población ha ido disminuyendo en las últimas décadas hasta quedar en poco más de cien habitantes, pero si la actividad industrial se ha ralentizado en cambio ha mejorado, y mucho, la turística, a lo que contribuyen el extraordinario paisaje, la belleza del propio caserío, la cercanía del embalse del Molino de Chinchá y la Hoz de Tragavivos, el reclamo del siempre sugerente balneario de Solán de Cabras y, en fin, el hecho de ser la puerta de acceso a la Hoz de Beteta y la misma villa encumbrada en un espectacular mirador sobre el valle.

No es cosa de entrar aquí en comparaciones, que aparte de odiosas (en según qué cosas) no conducen a nada práctico, pero la Hoz de Beteta es posiblemente la más espectacular de cuantas forman el repertorio de las que toman forma en el amplio espacio calcáreo de la Serranía de Cuenca, toda ella propicia a la difusión de estas formaciones kársticas, tan peculiares. La carretera, la única disponible, la cruza en su totalidad, desde que arranca, a la salida del Puente de Vadillos, hasta que desemboca, a la vista de Beteta. Son 250 hectáreas cubiertas por una vegetación exuberante y variada. El Guadiela, apenas recién nacido, es poco más que un arroyuelo al que difícilmente se puede ver, entre tanto árbol y matorral, y con muy escasos huecos para poder acercarse a sus riberas. A media altura se puede apreciar el hueco de la Cueva de la Ramera, una de las muchas que horadan estas calizas; cerca, junto a la carretera, está una fantástica Casa de Don Quijote que algún imaginativo poeta situó aquí, suponiendo que este fue el camino que debió seguir el hidalgo caballero en su no descrita ruta desde La Mancha a Aragón; luego, la Fuente de los Tilos, recoleto rincón preparado para el descanso y la merienda, además de formar parte de un apasionante paseo botánico en el que siempre hay ocasiones para aprender algo nuevo sobre las maravillas de la naturaleza. Y al final de todo, espléndida en su aparición, la villa de Beteta.



Laguna de El Tobar.

La antigua Vétera es de los pocos lugares serranos que pueden presumir de una historia pre-cristiana. Su localización responde a un evidente carácter defensivo natural que luego fue acentuado por la construcción del soberbio castillo, del que hoy solo queda en pie parte de la muralla exterior. Quien tenga ganas de hacer un regular ejercicio puede emprender la subida, más allá de las últimas casas de la villa, en busca de lo que se puede sentir como enorme panorama, aunque también puede hacerlo en coche, circundando el potente farallón rocoso para llegar por la parte posterior. En cualquiera de los dos casos, el resultado es espectacular y el paseante no quedará defraudado. Desde la altura de estos casi 1.400 metros, mirando

de frente a la altura de las nubes y por encima de las montañas, el ruinoso castillo de Rochafrida o Rocafra estuvo activo hasta no hace mucho. Su soberbia presencia fue señuelo que atrajo a todos los combatientes que pasaron por estos contornos, unos para defenderse en él y otros para conquistarlo, que así son las cosas absurdas de las guerras. Un toque reparador llevado a cabo hace unos años por la Diputación Provincial ha servido al menos para consolidar los restos que aún permanecen en pie.

El castillo y su significado, reducido a una simple presencia testimonial, dicen hoy de Beteta menos que su fantástica iglesia gótica, con espectacular portada plateresca, sin duda la más hermosa joya arquitectónica de toda la sierra circundante; o que la plaza, cuya remodelación hace aún no muchos años suscita serias dudas, las que quedan cada vez que la mano del hombre se aplica a retocar lo que el pueblo ha ido haciendo por sí mismo a lo largo de generaciones y así ha quedado desnaturalizada la hermosa balconada que hubo antes de la reforma; o que la ermita de la Virgen de la Rosa, a los pies de la villa, junto a un balneario de aguas ferruginosas, ya en desuso; o que el moderno hotel puesto en marcha por

A los cien años de la primera guía de Cuenca

una iniciativa privada y que ahora ha sido revitalizada por otra, tras muchos años de interrupción.

La ermita queda a la vera de un pequeño camino por el que se llega a dos lugares, uno apenas un nombre que ya ni figura en los mapas, Valtablado de Beteta, que estaba encrespado en un abrupto paraje serrano y que pasará a la historia por haber sido el primer pueblo de la provincia de Cuenca legalmente desaparecido por su absoluta despoblación. Ocurrió tal cosa en el año 1972, al vender el término sus vecinos al Estado, con el propósito de que ICONA procediese a la reforestación. Dos años después, el término fue formalmente incorporado al de Beteta; como recuerdo último, la imagen fantasmagórica de sus antiguas viviendas, prácticamente reducidas ya a escombros, siguen existiendo en lo alto de esas aisladas cumbres, para dar fe, quien sabe aún por cuanto tiempo, de que ahí hubo vida, seres humanos.

Al fondo esta carreterilla, donde el mapa provincial se acaba, está Valsalobre, un título que alude a la existencia de manantiales que favorecieron la formación de salinas que fueron utilizadas industrialmente para la extracción de sal. Ello ocurrió en la lejana Edad Media, cuando el rey Alfonso X el Sabio hizo donación en 1257 de los pozos de hacer sal y de una yunta de heredad, al obispo de Cuenca y al cabildo de la catedral. Un siglo después, el lugar era propiedad del cardenal Gil de Albornoz en cuyo testamento (1364) lega a su sobrino Gómez García «a Valsalobre con todos sus pastos y salinas». La historia, como se sabe, es maestra de la vida, pero no da de comer y como aquellas salinas dejaron de ser productivas a comienzos del siglo XIX su destino quedó escrito en forma de abandono de las precarias instalaciones. En cambio, como la modernidad trae otros requerimientos, en este caso vino acompañada de una declaración oficial de reconocimiento como monumento natural de los parajes que forman La Serrazuela, una amplia superficie de más de 700 hectáreas, en la culminación de una muela formada por materiales sedimentados durante el cretácico y el jurásico, en los que predominan los elementos calizos y dolomíticos tan propicios a la disolución por el agua y que por ello favorecen la formación de modelos kársticos de gran importancia. Es otra de las muchas joyas, en este caso natural, que ofrece la comarca para descubrir.



Cueva del Hierro. Entrada a la mina.

A los pies del castillo de Beteta, circundando el promontorio rocoso en que se asienta la villa, la carretera sigue adelante y tras alcanzar Cueva del Hierro se introduce inmediatamente en la provincia de Guadalajara. Es otro título de resonancias históricas, porque alude a una mina de hierro (en forma de siderita) que, según tradiciones no contrastadas, ya era conocida por los romanos, teoría que parecen avalar los restos de calzadas que desde distintos lugares se orientaban hacia el lugar.

En los siglos XVI y XVII proveyó de mineral de hierro a una amplia red de herrerías que surgieron en distintos puntos de la Serranía: Santa Cristina, El Tobar, La Vega del Codorno y algún martinete, como el de Los Chorros,

en Huélamo, todos ellos situados al lado de corrientes fluviales que aportaban la energía precisa para mover la maquinaria. La explotación, sin embargo, fue siempre artesanal, en base al esfuerzo de brazos humanos y caballerías, a las que sólo muy tarde se incorporaron algunas máquinas de arrastre pero finalmente el sistema decayó, aplastado por industrias más potentes. Hoy, las antiguas minas se han convertido en un reclamo turístico que, junto con la bellissimo iglesia del pueblo, forman un pequeño soporte atractivo en este postrer rincón de la provincia de Cuenca.

Todo el camino, sinuoso, desde Beteta hasta aquí, discurre en paralelo al río Guadiela, pequeño, limpio y recoleto, recogiendo las aguas de los manantiales que desde escondidas breñas van acumulando caudal hasta hacerlo potente hasta convertirse, kilómetros más abajo, en un aporte vital para engrandecer al Tajo, que lo espera en tierras de la Alcarria.

Beteta, además de las menciones aisladas, es sobre todo un excepcional conjunto, con una estructura popular bien conservada, en la que de vez en cuando es posible encontrar magníficos tejados, evocadores rincones o fragmentos de su antigua muralla. En el centro, dominando el paisaje, inmersa en un ambiente al tiempo popular y señorial, se encuentra la plaza, centro vital de la villa, con la fachada por-



Vivienda en Masegosa.

tectónico, enlazadas entre sí hasta el punto de que prácticamente ya forman una sola, y que según las crónicas antiguas eran ricas en cangrejos, «muy apreciados por lo exquisito de su carne y el gran tamaño que alcanzan». Eso era antes; el cangrejo autóctono, en nuestros días, como es ben sabido, es una víctima de la estupidez humana. Pero las lagunas de El Tobar sí conservan una interesante avifauna, además de desempeñar un destacado papel en todo el proceso de emigración y nidificación.

Más allá nos espera Masegosa, cuyo caserío se encuentra situado en espacio amesetado, una hondonada protegida por las altas montañas que lo circundan, y que aparece muy agrupado, en torno a la Plaza Mayor, con excelentes ejemplos de arquitectura popular serrana, con abundancia de tejados, fachadas de mampostería vista, etc., pequeños y vistosos detalles que ya no van siendo muy habituales en muchos de nuestros pueblos pero que aquí aún perviven. Es este un buen sitio para respirar en profundidad los aires puros de la Serranía, que se pueden encontrar en toda su amplitud avanzando un poco más por la carretera para alcanzar el desvío que se lanza audazmente cuesta abajo, primero para emboscarse en el paraje de El Tormagal y poder disfrutar de sus espectaculares formaciones kársticas y luego



Iglesia Poyatos.

ticada que abre sus balcones hacia la inmensidad del valle, en una visión perdurable y eterna. Aquí se palpa, desde luego, el señorío alimentado a lo largo de su historia, el mismo que ejerció sobre sus siete aldeas, hoy independizadas aunque, rigor de los tiempos, una de ellas, El Tobar, ha vuelto al redil, incorporándose al territorio municipal al que había pertenecido en lo antiguo.

El Tobar, que es pueblo de pequeñas dimensiones y población, tiene sin embargo una joya (o dos), sus lagunas, declaradas bajo protección por el gobierno regional. Laguna Grande y Laguna Pequeña son los nombres, ciertamente nada complicados, de este singular complejo ecológico; son dos charcas de origen

para seguir en busca del Alto Tajo, que por aquí discurre casi recién nacido, dando lugar a uno de los más espectaculares rincones que es dado imaginar y que, por fortuna, todavía no ha sido contaminado por las multitudes.

Más allá, la carretera lleva directamente al Nacimiento del Río Cuervo, bordeando casi en paralelo la línea que delimita el contorno de la provincia de Cuenca y de esa forma queda atrás la bellísima comarca de Beteta y sus singulares pueblos, en permanente situación de aislamiento, esperando siempre que lleguen las guías turísticas que los saquen del olvido en que fueron encerrados desde que se publicó la primera de ellas, ahora hace ya cien años.